



OPINIÓN DE HUME SOBRE LA NATURALEZA Y EL ORIGEN DE LA NOCIÓN DE CAUSALIDAD

MAINE DE BIRÁN

"OPINION DE HUME SUR LA NATURE ET L'ORIGINE DE LA NOTION DE CAUSALITÉ"

Traducción al español: Jesús M. Morote

"Cuando miramos (dice Hume en su séptimo "Ensayo sobre la idea de poder y de conexión necesaria")¹ a los objetos externos alrededor de nosotros y consideramos la acción causal, nunca somos capaces, en primera instancia, de descubrir ningún poder o conexión necesaria; ninguna cualidad que una el efecto a la causa, y haga que uno sea consecuencia infalible de la otra. Sólo vemos que uno, efectivamente, sigue al otro. El choque de una bola de billar se ve acompañado por movimiento en otra. Eso es lo único que se muestra a los sentidos externos. La mente no experimenta sentimiento o impresión interna alguna con motivo de esta sucesión de objetos. En consecuencia, no hay en ningún caso, en ningún ejemplo particular de causa y efecto, nada que pueda sugerir la idea de poder o conexión necesaria².

... Las escenas del universo están cambiando continuamente, y un objeto sigue a otro en una sucesión ininterrumpida; pero el poder, la fuerza que mueve la máquina entera, se nos oculta, y nunca se muestra en ninguna de las cualidades sensibles corporales. Sabemos que, en efecto, el calor acompaña siempre a la llama; pero cuál sea la conexión entre ellos, no nos cabe conjeturarlo o imaginárnoslo. Es imposible, por lo tanto, que la idea de poder podamos derivarla de la contemplación de cuerpos en casos singulares de interacción mutua; porque ningún cuerpo muestra nunca ese poder que pueda ser el origen de tal idea.

Puesto que, por lo tanto, los objetos externos tal como se presentan a los sentidos, no dan ninguna idea de poder o conexión necesaria, mediante su interacción en casos particulares, veamos si esta idea se deriva de reflexión sobre operaciones de nuestras propias mentes, y se copia de alguna impresión interna. Puede decirse que somos en todo momento conscientes de un poder interior, ya que sentimos que, por la mera orden de nuestra voluntad, podemos mover los órganos de nuestro cuerpo, o dirigir las facultades de nuestra mente. Un acto de volición produce el movimiento de nuestros miembros o suscita una idea nueva en nuestra imaginación. Esta influencia de la voluntad la conocemos a través de nuestra conciencia. De aquí obtenemos la idea de poder o energía; y estamos seguros de que nosotros mismos y cualquier ser inteligente posee ese poder. Esta idea, pues, es una idea de reflexión, puesto que se suscita al reflejar las operaciones de nuestra propia mente y las órdenes procedentes de la voluntad, sobre los órganos del cuerpo y las facultades del alma."

Tras haber indicado así, con bastante precisión, la verdadera fuente de la idea de poder y de conexión necesaria, Hume se lanza a negar esta fuente o el hecho mismo de la conciencia de la actividad, y rompe así, adrede, el único hilo que podría sacarlo de ese laberinto de dudas, al que tanto parece complacerle regresar.

¹ Comienza su texto Maine de Biran con una extensa cita de Hume. Se trata de parte de la Sección VII de su obra "An Enquiry concerning Human Understanding", titulada *Sobre la idea de conexión necesaria*. Traduzco el texto de Hume directamente del inglés, disponible en <http://www.gutenberg.org/files/9662/9662-h/9662-h.htm>, y no la traducción al francés en el texto de Maine de Biran. (Nota del traductor)

² Habría que decir la sucesión; porque la idea de poder, o de conexión necesaria, es distinta de la causalidad propiamente dicha. (Nota del autor)



Reproduciré sus principales argumentos con el debido cuidado y detalle, ya que los considero adecuados para establecer el principio combatido y negado por nuestro escéptico.

PRIMER ARGUMENTO: *La influencia de las voliciones sobre los órganos corporales es un hecho conocido por la experiencia como lo son todas las operaciones de la naturaleza.*

Respuesta.- Niego absolutamente la equiparación.

Un hecho de experiencia interna inmediata no se conoce como un hecho de experiencia externa. Una operación de la voluntad o del yo no se parece en nada a lo que llamamos una operación de la naturaleza. La representación de un objeto o de un fenómeno puede perfectamente comportar una duda acerca de la realidad del objeto o de la causa exterior del fenómeno; pero la apercepción interna del acto o del poder cuyo ejercicio se atribuye en ese momento el yo, es para sí misma su objeto o su modelo. Es un sentimiento originario que sirve de modelo a toda idea de fuerza exterior, sin que tenga él mismo ningún modelo primitivo foráneo. El rasgo propio de un hecho primitivo o de una verdad inmediata, es que el ser o el parecer, el objeto y la idea, son idénticos, o se reducen a lo mismo; que la *ratio essendi* y la *ratio cognoscendi* son una y la misma cosa, como dice Bacon.

Una segunda diferencia adicional a la que acabamos de señalar entre los hechos de experiencia interna y los de la experiencia externa es que, en los primeros, el número de repeticiones no añade nada a la persuasión o a la creencia de una conexión real e infalible entre la causa y el efecto, puesto que esta relación se percibe inmediatamente entre dos hechos o dos elementos de una misma conexión percibida interiormente, como son el acto de querer y los movimientos de nuestros miembros. Por el contrario, en la asociación de imágenes, la persuasión de que tal fenómeno sucederá a tal otro que lo ha acompañado constantemente, es siempre proporcional al número de las repeticiones; el hábito constituye toda la creencia y mide su intensidad.

SEGUNDO ARGUMENTO: *Nunca se ha podido prever ese hecho en la energía de la causa, ya que esta energía que forma la conexión necesaria de las causas con su efecto jamás se ha manifestado.*

Es totalmente cierto que en la experiencia externa nunca se ha podido prever el hecho en la energía de la causa; precisamente porque no vemos el hecho ni sentimos o percibimos, de ninguna forma, la energía de la causa. Pero ocurre justamente lo contrario en una experiencia interna, como la de nuestro esfuerzo libre, o de la acción de nuestra voluntad, en los movimientos que produce. Sentimos el efecto a la vez que percibimos la causa, y el primer acto de conciencia nos enseña enseguida a prever el hecho del movimiento en la energía misma de su causa, que soy yo. Este caso de previsión es único, y el argumento general parece diseñado para hacer notar mejor la excepción.

¿Qué entendemos al decir que una energía se manifiesta? ¿Se quiere hablar de una representación objetiva? Seguramente no hay nada similar en el sentimiento inmediato de nuestra energía o actividad motriz; pero ¿cómo probar que sea necesario que esta fuerza interna se manifieste así, para que se nos atestigüe su realidad con toda la evidencia del sentimiento, y que tenga para nosotros el valor de un principio o de un hecho primitivo?

TERCER ARGUMENTO: *Sentimos en cada momento que el movimiento de nuestro cuerpo obedece a las órdenes de la voluntad. Pero pese a todas nuestras más profundas investigaciones, estamos condenados a ignorar eternamente los medios eficientes mediante los*



cuales se realiza esta operación tan extraordinaria, aunque tengamos de ella un sentimiento inmediato.

Cuando se dice que estamos condenados a ignorar los medios mediante los cuales nuestra voluntad comunica el movimiento a nuestro cuerpo, se entiende siempre que no podemos formarnos una imagen o una representación externa de tales medios a partir del primer impulso de la fuerza motriz eficiente, hasta el movimiento transmitido por los nervios al músculo que se contrae. Pero ¿cómo pretender que el sentimiento inmediato del poder o el nîsus que da comienzo a los movimientos voluntarios depende del conocimiento objetivo o representativo de los medios o de los instrumentos mismos de la voluntad, tales como el juego de los nervios, de los músculos, etc.?

¿Qué tiene que ver la representación de los instrumentos o de la forma en que una operación se ejecuta, con el hecho de sentido íntimo o con la conciencia misma de la operación? ¿No son dos cosas totalmente heterogéneas? Ciertamente una sensación o una apercepción interna no puede aportar ninguna luz sobre los medios exteriores que pensamos que concurren en su producción; pero la representación de tales medios, ¿podría esclarecer, por su parte, hechos que incumben solamente a la apercepción interna? Ciertamente no percibimos de ninguna forma ni los rayos lumínicos en sí mismos, ni su reflejo externo, ni su refracción en el interior del ojo. Tampoco tenemos el sentimiento inmediato de una impresión sobre la retina, sino solamente la intuición objetiva, producto de toda esta serie de movimientos. Sólo los ópticos saben o creen saber los medios eficientes mediante los cuales tiene lugar la visión. Los demás hombres los ignoran completamente. Pero esta ignorancia de los medios, ¿cambia en algo el hecho mismo de la visión?

CUARTO ARGUMENTO: *¿Hay en toda la naturaleza un principio más misterioso que el de la unión del alma y el cuerpo? Una sustancia espiritual influye sobre un ser material. El pensamiento más fino anima y mueve el cuerpo más grosero. Si tuviésemos una autoridad tan amplia sobre la materia, como para poder, a medida de nuestros deseos, transportar montañas, o cambiar el curso de los planetas, esta autoridad no sería más extraordinaria ni más incomprensible.*

Respuesta.- Hagamos una observación a este argumento que puede cortar de raíz numerosas discusiones o cuestiones insolubles.

Tomando el yo como causa, y la sensación muscular como efecto, no cabe preguntar cuál es el fundamento de la relación íntima que une estos dos términos bajo el sentimiento del esfuerzo querido, ya que es el hecho psicológico de nuestra existencia por encima del cual es imposible ir más allá, sin salir de nosotros mismos o cambiar de punto de vista: pero encontraremos sin duda un misterio verdaderamente inexplicable cuando, considerando el alma como cosa u objeto, y el cuerpo como otro objeto, intentamos imaginar cómo una sustancia simple y activa puede actuar o desplegar su poder motriz sobre una sustancia pasiva y compuesta.

Para explicar, en efecto, el cómo de esta acción recíproca o el sentido de las dos sustancias, habría de poderse formar, de entrada, la representación de una fuerza en sí misma extraña al yo. Es decir, concebir en una imagen y en el punto de vista objetivo lo que no puede ser dado más que subjetivamente y bajo la apercepción íntima que el sujeto pensante tiene de sí mismo como actor y creador del esfuerzo.

Si no notásemos resistencia absoluta e invencible, o si los cuerpos extraños fuesen movidos como nuestros miembros por la sola fuerza eficiente de nuestra voluntad, la autoridad o imperio que el yo ejercería sobre la naturaleza, sería un hecho de experiencia externa e interna a la vez, y en absoluto un milagro.



El milagro o lo incomprensible sería que un movimiento o un cambio cualquiera comenzase en nosotros o fuera de nosotros sin una causa o una energía eficiente, y por una simple armonía preestablecida entre nuestros simples deseos o nuestras aspiraciones y los movimientos llevados a efecto como en la hipótesis de la veleta de Bayle³.

Supongamos que deseo escuchar una determinada secuencia de sonidos melódicos, y que al instante llegan a mis oídos los sonidos, ¿acaso podría atribuírmelos como efectos, de los que mi voluntad fuese causa eficiente, y como produciéndolos yo mismo cantando o como modificando mi oído mediante los movimientos voluntarios del órgano vocal sobre el cual actuó inmediatamente y con la conciencia de un poder motriz?

¿Quién puede negar la diferencia esencial que hay entre estos dos casos? ¿Y cómo no ver que esta diferencia consiste precisamente en que hay un esfuerzo querido y conciencia de causalidad sólo en este segundo caso, pero nada semejante en el primero? Aquí no se trata de explicar, sino de constatar la diferencia: un hecho de sentido íntimo, como el poder eficiente en los movimientos del cuerpo, no se explica; porque es lo primitivo en el orden del conocimiento y sirve él mismo de explicación de todos los datos de nuestra naturaleza intelectual y moral, así como de todas las nociones de las cuales es el principio.

QUINTO ARGUMENTO: *Si un sentimiento íntimo nos hiciese apereibir algún poder en la voluntad, tendríamos que conocer tanto ese poder como su unión con el cuerpo, y la naturaleza de las dos sustancias en virtud de las cuales una hace que se mueva la otra.*

Respuesta.- Este argumento hipotético a lo único que conduce es a volver del revés todas las bases legítimas del razonamiento, ya que subordina la certeza de un hecho interno a la realidad de un conocimiento externo del cual aquel hecho sería consecuencia, mientras que no puede sino ser el principio.

Restableciendo el orden natural del razonamiento, afirmo por el contrario: si el sentimiento íntimo que nos hace apereibir un poder de actuar en el ejercicio de nuestra voluntad, dependiese del conocimiento absoluto del alma o de su unión con el cuerpo, y, finalmente, de la forma en que las dos sustancias actúan la una mediante la otra, no podríamos tener el sentimiento íntimo del poder, sin tener el conocimiento objetivo de las sustancias separadas y de los medios de su acción recíproca. Pero tenemos la aperepción interna de nuestro poder de actuar inseparablemente de la de nuestra misma existencia.

Tenemos, al ejercer nuestra fuerza, el sentimiento de una unión inmediata entre la causa o la fuerza yo que efectúa el movimiento y el efecto producido o la sensación muscular, y no tenemos ningún conocimiento representativo del alma en sí ni de su unión con el cuerpo; pues el sentimiento íntimo de poder es independiente de todo conocimiento objetivo de las sustancias espirituales y corporales y de su unión recíproca.

Así, al distinguir dos puntos de vista o dos clases de elementos que el escéptico confunde permanentemente con el objetivo de arrojar sobre uno de ellos la oscuridad que cubre al otro, derribamos a la vez todo el andamiaje de sus argumentos.

SEXTO ARGUMENTO: *Sabemos, por la anatomía, que en los movimientos voluntarios, los objetos sobre los que se despliega el poder de forma inmediata no son los miembros mismos, sino los nervios, los espíritus animales; o quizá algo más sutil, más desconocido aún, con cuyo*

³ Bayle, en defensa del determinismo, planteó la hipótesis de que la ilusión de libertad sería como una veleta que posee, como única facultad, la de *querer moverse*; tal veleta se imaginaría, cuando el viento la hace girar y volverse ya a la derecha, ya a la izquierda, según la dirección del viento, que se mueve por sí misma, creyendo poseer una virtud propia innata. (Nota del traductor)



auxilio el movimiento se despliega hasta la parte del cuerpo que nos proponemos mover inmediatamente. ¿Se necesita una prueba más cierta de que el poder que preside la totalidad de esta operación, lejos de ser plena y directamente conocido por una conciencia íntima, resulta ser misterioso e ininteligible en grado sumo?

¿Qué importa la forma en que se aplica la acción del alma, sea a las diferentes partes del cuerpo que aquella pone en juego, sea directamente a un solo centro orgánico, sea en fin a ciertos fluidos o espíritus animales cuya existencia se ha llegado a suponer, sin haberla podido constatar nunca mediante la experiencia? Convendremos sin esfuerzo en que este género de cuestiones es insoluble, pero lo que no lo es, lo que ni siquiera constituye una cuestión, y sin embargo aquello de lo que ante todo se trata, es de saber si en todo acto o movimiento voluntario tenemos el sentimiento del poder, de la energía, de la fuerza que comienza el movimiento, lo suspende o lo detiene; o si no tenemos un sentimiento como éste.

En caso negativo, pregunto cómo podríamos tener la idea de un *nisus* y de una fuerza cualquiera, al distinguir en nosotros un acto voluntario que creamos, de un movimiento involuntario que se produce sin nuestra participación y a nuestro pesar.

Pero en el primer caso, que es imposible negar, habiendo constatado la realidad de un poder motriz de la única forma en la que puede serlo, es decir, por la conciencia o el sentimiento íntimo de un esfuerzo libre, es totalmente evidente que nosotros no tendremos necesidad de conocer la forma en que actúa el alma, ni de saber si su acción se ejerce inmediatamente, o mediante una serie más o menos larga de efectos intermedios, para asegurarnos de entrada de la realidad de esta fuerza motriz que es el *nosotros mismos*, y estar autorizados a relacionar con ella enseguida todos los movimientos de fuerza que de ella se derivan.

Podemos, pues, establecer con confianza la tesis opuesta a la de Hume, y mientras que éste pretende que la ignorancia invencible en la que estamos respecto de la acción del alma sobre el cuerpo así como de los medios y circunstancias de esta acción, es una prueba cierta de que el poder motor, lejos de ser conocido por la conciencia, es al contrario misterioso e ininteligible hasta el extremo, diremos por el contrario: es precisamente porque ese poder se apercibe inmediatamente y no se conoce más que por la conciencia íntima, por lo que no puede concebirse como cosa en sí ni representarse a la imaginación en los medios o los instrumentos de su ejercicio.

Es precisamente porque es de una evidencia inmediata perfecta bajo el punto de vista subjetivo por lo que es misterioso e ininteligible hasta el extremo bajo el punto de vista objetivo.

SÉPTIMO ARGUMENTO: *La experiencia nos enseña, pues, que la voluntad ejerce una influencia; pero todas las informaciones de la experiencia se reducen a mostrarnos acontecimientos que se suceden constantemente los unos a los otros; en lo que respecta a la unión secreta que los vuelve inseparables, sobre eso no nos aporta ninguna enseñanza.*

He aquí, pues, la conclusión general de una hipótesis que no puede ser justificada, ya que es contraria al hecho de sentido íntimo; a saber: que entre el acto de volición y el movimiento del cuerpo, sólo hay una simple relación de sucesión fenoménica, como entre cualesquiera acontecimientos que se siguen constantemente, sin que haya, o lo que viene a ser lo mismo, sin que podamos reconocer, ni por el sentimiento ni *a priori*, ninguna conexión real, necesaria, ningún poder, energía o fuerza eficiente, en virtud de qué uno produzca lo otro.

Hume ha mostrado de forma insuperable que, sin el sentimiento íntimo de poder que ejercemos en el esfuerzo, la noción de causalidad o la de una conexión necesaria entre los hechos de la naturaleza que se suceden habitualmente, no tendría fundamento alguno real y



legítimo, fuera de nosotros, ni en nosotros: de donde se sigue que si tenemos ese sentimiento de poder, toda idea de fuerza o de conexión necesaria puede o debe encontrar su origen en ese hecho de sentido íntimo. Ésta es la cuestión que planea sobre el hecho de conciencia; no se puede avanzar más, y si se niega ese hecho, se ha terminado toda argumentación.

Aquí, pues, el escéptico, reducido al absurdo, confirma él mismo la realidad del principio que pretende refutar. Deducimos de todo lo anterior dos conclusiones opuestas a la que nuestro filósofo extrae de toda esa argumentación escéptica.

1º La noción de poder o de conexión necesaria deriva únicamente de la conciencia interna de nuestro poder de actuar o del sentimiento de nuestra propia causalidad apercebida en los movimientos voluntarios, y por consiguiente en todos nuestros actos libres.

2º El poder y la energía, causas de donde proceden esos movimientos, es un hecho que conocemos inmediatamente, *certissima scientia* y *clamante conscientia*; hecho interno sui generis, muy diferente de todos los sucesos naturales que la experiencia común puede representar a los sentidos o a la imaginación como ligados los unos a los otros, en un cierto orden habitual de sucesión; y como esa relación de sucesión difiere (*toto genere*) de la de causalidad, repugna afirmar o pensar que el hábito o la experiencia repetida pueda hacer nacer el principio, o transformar los efectos en causas, lo contingente en necesario.